

# FORMAS DEL RELÁMPAGO

Jordi Macarulla Tarrés

PREMIO DE CUENTOS

ATENEIO DE LA LAGUNA-CAJACANARIAS 2006



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

## LA HISTORIA HOSTIL

Hans cruzó la entrada de su casa por última vez para llevarse las pocas pertenencias que le quedaban.

Apenas quince días antes estaba en el bar de la planta superior del edificio del hotel, sentado en uno de los cuatro butacones fijos alrededor de una mesa redonda. Los otros tres estaban vacíos. Había subido en ascensor después de cenar en el restaurante con la intención inicial de retirarse ya a su habitación y rastrear los canales del televisor hasta quedarse dormido. La reunión había durado demasiado y a la mañana siguiente tenía que cerrar algunas condiciones y rematar el trabajo antes de coger el avión para regresar a casa. Casi lo había conseguido. Si todo seguía su curso el trato estaba hecho a pesar de la presencia inquietante de la competencia, esperando su turno al acecho de cualquier posible contratiempo. El cliente le había asegurado que le escucharía a él antes que a los otros, que sólo les permitiría entrar en el juego si las cosas se torcían a última hora. Por eso tenía prisa, sabía que traían una oferta que superaba a la suya pero tenía a su favor la confianza del cliente cimentada a base de años de relaciones comerciales y una cierta afinidad de trato entre personas que iba más allá de la frialdad del simple negocio. En la empresa todos esperaban con inquietud las gestiones de ese viaje. Hacía meses que la situación económica se tambaleaba y aunque las

tensiones todavía no habían trascendido empezaban a percibirse problemas que podían llegar a ser muy graves. En la última reunión de directivos se llegó a la conclusión de que ese pedido era la única esperanza. Si salía bien garantizaba trabajo y tranquilidad al menos para dos años, luego ya reflotarían. Nadie quería pensar en las consecuencias de un fracaso.

Estaba agotado y había quedado muy pronto para la firma definitiva por la mañana, pero a pesar del cansancio no tenía sueño, y acabó por pasar de largo la planta catorce en la que estaba su habitación para tomarse tranquilamente una última copa. Una celebración en privado, un pequeño lujo que se permitía.

El recinto era un espacio circular iluminado por la luz tenue de lámparas bajas dispuestas en cada mesa, una barra de diseño donde trajinaba un camarero ocioso y vestido con pulcritud, moqueta en el suelo y plantas tropicales en todos los rincones. En una tarima elevada un pianista arrastraba sin demasiado entusiasmo las notas de su repertorio. A través de la pared de cristal que rodeaba toda la sala se movían allí abajo las luces diminutas de una ciudad ajena y el cielo negro quedaba velado por el reflejo impreciso del interior. Sobre las mesas había posavasos con el anagrama del hotel, cuatro en cada mesa, sin que nadie los utilizara. Sólo en una de las mesas dos hombres trajeados y de edad avanzada departían con dos mujeres muy jóvenes con atuendos llamativos y bebían cava de una botella colocada entre los hielos de una cubeta plateada. Una pequeña fiesta en medio del sosiego.

—¿Qué tomará el señor? —Le dijo el camarero.

—Bourbon sin hielo, por favor.

No solía hacer esos viajes de negocios solo. Acostumbraba a acompañarle el director financiero o el mismo gerente en función de la magnitud del negocio, aunque a última hora convinieron dejarlo en sus manos por una cuestión de estrategia. Habían jugado precisamente la carta de la templanza de Hans en los momentos difíciles y su reconocida empatía con ese cliente. Cuando iba con

otros salían a cenar a un buen restaurante después del trabajo, a veces acompañados por los clientes que los guiaban por locales de nivel para destensar la dureza de las negociaciones previas o para acabar de acercar en un ambiente menos frío algún aspecto que hubiera quedado poco definido. Luego volvían al hotel y cada uno se encerraba en su habitación respectiva. Hans llamaba a Mirna, su mujer, siempre que uno de esos viajes le obligaba a pernoctar fuera de casa. Ella decía que no conciliaba el sueño sin oír antes su voz, sin asegurarse que él estaba bien aunque allí lejos no le llegaran sus cuidados, su compañía, el calor de su cuerpo en la cama compartida a la hora de acostarse. Hans le contaba los pormenores del trabajo y le decía lo que ella quería escuchar y él decirle, que la echaba de menos. Y le preguntaba por Sara.

Pero las cosas habían cambiado hacía tiempo, desde que su hija se marchara de casa sin dejar rastro.

Tenía el móvil sobre la mesa, junto al vaso largo de bourbon, el paquete de tabaco y el llavero de su habitación. Ya era tarde para llamarla y tampoco esperaba que ella estuviera despierta a esa hora. Poco antes, mientras cenaba, el impulso de marcar el número de su casa fue disipándose poco a poco y a esa hora cualquier gesto al respecto ya sería intempestivo, lo cual de alguna manera lo liberaba. Bebió el primer trago y miró hacía la única mesa ocupada en la otra punta de la sala. La conversación allí se había fragmentado en dos partes casi simétricas y las dos mujeres se acercaban al hombre respectivo que les había tocado en el reparto, en un juego de ficciones insinuantes y palabras en voz baja muy cerca del oído. Los hielos chocaban dentro de la cubeta cada vez que alguien se disponía otra vez a llenar las copas. El camarero permanecía detrás de la barra, como un testigo adiestrado en el silencio, en cuyas manos la intimidad ajena estaba a buen recaudo. Hans respiró el primer sorbo de humo y pensó en su matrimonio desgastado por el tiempo y la rutina, en el que la súbita fuga de su única hija se había cebado acelerando el proceso normal de decadencia. Ahora Mirna ya no

esperaba sus llamadas. Cuando Sara se marchó fue como un hachazo inapreciable en un principio, como una herida terrible que en caliente apenas duele. Era la última escena de un decurso de tensiones filiales entre madre e hija, latentes en su abrupto paso por la adolescencia, discusiones ingratas por cualquier motivo, a todas horas, en las que él apenas conseguía un papel secundario, marginal en la espiral de reproches que ambas se proferían cada vez con más frecuencia, y que él solía evitar abandonando el campo de batalla en el fuego cruzado. Mirna desaprobaba su falta de apoyo en la contienda cuando los portazos zanjaban la disputa hasta otro día. Su hija ni siquiera lo buscaba, como si hubiera renunciado a su ayuda cuando dejó de ser su niña mucho antes, o simplemente la desdeñara. Luego, pasado el tiempo, las posiciones de fuerza empezaron a perder su contrapeso y el orgullo de Mirna fue agrietándose a medida que la espera se dilataba sin noticias, el supuesto arrepentimiento no llegaba y el regreso parecía cada vez más impensable. Hasta que Mirna acabó por derrumbarse, una mañana en la que Hans se levantó pronto para coger un avión que le mantendría varios días fuera de casa. La encontró en la cocina apoyada en la pared, con el batín puesto y el pelo desgredado como una perturbada a punto de perder los estribos. Entre las manos tenía la carta cargada de despecho que Sara les dejó antes de su marcha con aquel sujeto de mala pinta que solía llamarla con frecuencia y de quien no sabían nada. Lo único que calmó el estallido del llanto fue la promesa de que iba a hacer lo que hiciera falta para encontrarla, como si en uno de esos viajes esporádicos que le llevaban a ciudades ignotas tuviera que descubrir alguna pista. Desde entonces el contenido de sus llamadas en la distancia se limitaba a preguntas desesperadas que siempre tenían la misma respuesta negativa.

Las risas de la otra mesa le devolvieron de pronto a la cafetería ahuyentando las escenas evocadas. Una de las parejas se había levantado, el hombre con manifiesta dificultad, y se despedía de los que se quedaban solos, quizá para apurar la botella antes de tomar el mismo camino al ascensor y a las habitaciones. La chica equili-

braba el andar vacilante del hombre a pesar de su complexión más frágil. Hans pensó que podría tratarse de una celebración por algún negocio bien cerrado, pero también podía ser justo lo contrario. El camarero les siguió con la mirada hasta que desaparecieron del recinto, luego lo miró a él y a los que se habían quedado en la mesa. El hombre al piano ya no tocaba, había cerrado la tapa del teclado y apuraba el último trago de un vaso que tenía a mano. Sin que tuviera que hacer ningún gesto relevante, se notaba que tenía ganas de que los demás siguieran el mismo camino y poder terminar ya su jornada. Que lo hiciera la otra pareja era cuestión de minutos y Hans desechó la idea de pedir otra bebida.

Mientras subía en el ascensor se había permitido albergar la posibilidad de que la mujer que hacía un rato cenaba sola en una mesa cercana decidiera tomarse también una copa antes de retirarse a su habitación. El restaurante tenía mesas dispuestas en dos niveles, en torno a una fuente central que apenas hacía ruido. Él estaba en el nivel inferior y ella en el otro junto a la baranda de madera, en una mesa pequeña como la suya sin ningún otro cubierto al otro lado del motivo floral colocado en el centro. La tenía a medio perfil pero si entornaba un poco la cabeza quedaban frente a frente. Se habían mirado varias veces durante la cena y la mujer, aunque no parecía estar buscando nada, tampoco mostraba rechazo, incluso cuando Hans había aumentado la frecuencia con que levantaba la cabeza poniendo en entredicho la coincidencia. Cuando la mujer se levantó y pasó por su lado para marcharse Hans aspiró a fondo la descarga de su perfume.

Nunca había sido infiel a Mirna aunque las circunstancias se lo habían puesto muchas veces en bandeja. Esos viajes no requerían coartada, la distancia y la eventualidad de la situación hacían del contexto el marco más impune, menos comprometido. Actores que irrumpían en el escenario para desaparecer para siempre tras su intervención en la escena. No era necesario dejar los cabos bien atados ni esconderse de las muchedumbres de donde a veces aso-

man testigos invisibles que luego pueden inculparte y arruinarle la vida. Simplemente hay que estar allí y entrar en el juego. Otros lo hacían sin reparos como si eso también formara parte de la tarea que los ocupaba en esas ciudades alejadas de sus hogares, defender sus ofertas, posicionarse con tesón en las negociaciones y cerrar los acuerdos estrechando las manos del cliente y, entre medio, abandonarse a los encuentros carnales en habitaciones de hotel o en clubs de cierto lujo. El viaje de regreso acaba por difuminar las marcas del delito y en la versión que contaban a sus esposas al llegar a casa omitían obviamente esa parte de la historia. De sobras lo sabía pero siempre decía que él no lo necesitaba.

Hans levantó la vista y vio a la otra pareja marchándose del recinto por donde unos minutos antes los otros habían hecho lo propio. El hombre asía con fuerza la cintura de su acompañante femenina mientras caminaban, como un animal que ya no va a soltar su presa. El pianista ya se había marchado y el camarero no se demoró en dirigirse hacia su mesa.

—¿Tomará el señor otra cosa?

—Nada más, gracias, ya me marcho —le contestó Hans haciendo el gesto de empezar a levantarse.

—Su número de habitación por favor.

Lo anotó en una especie de talonario del que arrancó una copia para depositarla junto al posavasos. Luego se introdujo los dedos en un bolsillo del chaleco y sin mirarle a los ojos extrajo una tarjeta que dejó también sobre la mesa.

—Que pase usted una buena noche —le dijo antes de recoger el vaso y dar media vuelta hacia la barra.

Hans recogió sus cosas, el móvil y el llavero de la habitación, el paquete de tabaco y la nota de la consumición, y lo guardó todo en el bolsillo de la americana. Después tocó la tarjeta con los dedos sin cogerla todavía para leer de qué se trataba, como quien valora si vale la pena guardársela o dejarla sin más allí encima. Un trazo sencillo representaba un desnudo de mujer sobre un colchón de

letras, chicas de compañía, salidas a hotel, a cualquier hora. Y el número de teléfono. Hans miró a su alrededor pero allí ya no había nadie, ni siquiera el camarero. Y se la guardó en el bolsillo. En la mesa que antes ocupaba aquella gente todavía estaban las copas vacías como fichas de un juego abandonado después de la partida, y la botella de cava parecía a punto de ahogarse dentro de la cubeta. Al otro lado de los cristales la ciudad todavía palpitaba.

Quizá aún podía encontrarse con la mujer de la cena. Tenía que tomar el ascensor, bajar a la planta catorce y recorrer un largo pasillo antes de llegar a su habitación. Cabía la posibilidad de una coincidencia, tampoco era tan tarde. Ahora lamentaba no haber sido más resuelto en su momento, cuando la mujer no evadía sus miradas mientras los dos cenaban en el restaurante. Al fin y al cabo ella como él también estaba sola. La había dejado marchar sin ni siquiera un intento de acercamiento algo más decidido, sin posicionarse en ese lugar donde la audacia todavía mantiene el equilibrio y está más cerca de la cortesía que del acoso, donde las intenciones todavía no son vinculantes porque permanecen veladas, ocultas como sables dentro de las vainas. Carecía de la habilidad necesaria para manejarse con garantías en esas situaciones, el dilema de plantarse o jugar al doble o nada que multiplica o arruina en una sola tirada, y la mujer pasó por su lado en el restaurante llevándose el misterio de hasta dónde podía haber llegado. El riesgo flirtea del mismo modo con los osados y los necios, pero sólo a los primeros les concede sus favores.

Ahora el vaso de bourbon le estimulaba a retomar el juego por donde lo había dejado. Sólo faltaba que en el trayecto hacia su habitación la mujer se cruzara con él, la viera acercarse desde el otro lado del pasillo o sentada en uno de los butacones esparcidos en las confluencias de corredores hojeando sin demasiado interés una revista o apurando el último cigarro antes de acostarse, esperando en el fondo que algo pasara. Hans salió del ascensor con esa inconfesable esperanza, pensando que cuando llegara a casa Mirna le daría la espalda y enmudecería sentándose en el sofá sin querer

saber nada más al decirle que tampoco esa vez le traía noticias de Sara. Fue avanzando demorándose en el paso, dejando a cada lado la hilera de puertas idénticas cerradas, donde al otro lado dormirían seres solitarios, o fumarían con el cenicero apoyado en el estómago y recostados en la almohada colocada en vertical en la cabecera mientras el reflejo del televisor encendido les avivaba el rostro somnoliento, o fornicarían con parejas alquiladas. Pero no llegó a cruzarse con la mujer ni con nadie y cuando se dio cuenta estaba ya pasando la tarjeta en la ranura de su puerta y entrando en su habitación.

Encendió la luz. La pequeña bolsa de viaje donde guardaba sus cosas elementales todavía estaba sin abrir a los pies de la cama donde la había dejado por la mañana. Extrajo el neceser y el pijama y buscó una percha del armario para colgar la camisa y la corbata que tenía previsto ponerse al día siguiente para cerrar el trato. Eran más de las doce y debía levantarse muy pronto, pero la idea razonable de meterse sin más en la cama, coger el teléfono para solicitar a recepción el servicio de llamada y apagar la luz, no acababa de persuadirle, de disipar la alteración que la cena y la posterior estancia en la cafetería le habían provocado, envenenándole el descanso.

Palpó con los dedos dentro del bolsillo hasta dar con el rectángulo de cartulina. Mientras marcaba uno a uno los números en el teléfono le venía la imagen del interior de su casa como una cámara moviéndose lentamente, las estancias oscuras y en silencio arrasadas de tanta ausencia, el desolado pasillo y su cuarto en el que Mirna habría acabado por quedarse dormida sobre la cama sin deshacer después de otra dosis de fármacos y llanto. Escuchó las instrucciones que le daba una voz de terciopelo frío de mujer al otro lado y luego eligió el producto respondiendo al teléfono una serie de cuestiones como quien estrecha el cerco de su captura. De las posibilidades que le ofrecieron optó por un perfil determinado de mujer muy joven, cariñosa, que en su proceder no trascendiera el modo distante de la experiencia, que primara sobre la seguridad de las versadas en el oficio la vulnerable inocencia de una adolescente extraviada en un

lugar desconocido. Al fin y al cabo él tampoco era ningún experto. Colgó el auricular todavía sentado en la cama y resolvió invertir la media hora larga de espera en darse una buena ducha. Aunque fuera de esas paredes de habitación de hotel la vida seguía su ritmo ajena a lo que tuviera que pasar allí dentro tenía la sensación de haber dado un paso de consecuencias inéditas, la sensación de quien sin todavía estar seguro decide acelerar de una vez su apuesta sea lo que sea.

Con el batín del hotel puesto y un cigarro consumiéndose en el cenicero junto a la lámpara de la mesilla, aguardó la visita recostado sobre la cama revisando algunos puntos del borrador del contrato. Había hecho la consulta por teléfono al gerente antes de la cena y acabó por obtener su visto bueno. Había ciertos detalles que rebajaban los planteamientos iniciales pero nada que no pudiera asumirse. La necesidad del pedido suavizaba las renuncias hasta hacerlas tolerables. Si había podido defenderlas ante el máximo mandatario de la empresa ya no sería complicado exponerlas a su regreso ante el consejo, una vez estampadas las firmas en ese contrato milagroso. Aun así se había comprometido a intentar en la medida de lo posible recuperar a la mañana siguiente parte de lo cedido, sin que ello hiciera peligrar el acuerdo. Marcó con el bolígrafo esas cláusulas que volvería a hurgar antes de la redacción definitiva y acabó por guardar las cuartillas en el maletín. Recogió las cuatro cosas que quedaban esparcidas sobre la cama y alisó con la palma de la mano los pliegues que había dejado en la colcha la fricción de su cuerpo. Se acercó al baño, apagó el interruptor de la luz y cerró la puerta como quien esconde las marcas de una herida humillante. Desde el vestidor revisó la perspectiva de la habitación recogida y caminó hacia la ventana cerciorándose de que todo estuviera en orden. Al descorrer la cortina vio la imagen serena de la noche. Había empezado a llover mansamente y las luces de la calle se pegaban al asfalto mojado. Un taxi se alejaba calle arriba.

Sara traspasó la puerta giratoria de la entrada y dio la consigna al recepcionista de guardia. No era la primera vez que visitaba

ese hotel y ya conocía los protocolos. En su corta carrera había estado en habitaciones de diversas plantas, incluso en la suite reservada para clientes de lujo dispuestos a pagar lo que fuera cuando el deseo y la cautela coincidían. Siempre gente de paso que no volvería a encontrarse, desconocidos que vaciaban sus carteras por sus favores. Esperó que el empleado cumpliera el trámite de la llamada revisando su aspecto en un espejo que guardaba en el bolso y cuando le hizo el gesto de aprobación se dirigió a los ascensores. Una vez dentro apretó el botón de la planta catorce y volvió a examinar su aspecto, esta vez de cuerpo entero, desabrochándose el abrigo y dejando al descubierto el escote insinuante que asomaba del vestido negro. Cuando la puerta se abrió empezó a caminar por los corredores enmoquetados que le resultaban familiares, observando la numeración de las habitaciones que le mostraban el camino. No había nadie ya a esa hora y sólo se cruzó con una mujer a la que vio acercarse lentamente desde la otra punta del pasillo como si estuviera dando un paseo por las calles desiertas de una ciudad dormida.

—Buenas noches —le dijo la mujer al pasar por su lado.

—Buenas noches —le contestó Sara con cortesía.

—¿No tendrás fuego? No sé dónde he dejado el mechero.

Sara abrió el bolso y extrajo el suyo de dentro. Mientras la mujer acertaba la punta del cigarro con la llama se fijó en sus facciones a corta distancia. Le doblaba la edad pero todavía era hermosa.

—Gracias —le dijo la mujer una vez logró encender el cigarro— no consigo conciliar el sueño sin fumarme antes un pitillo.

Sara no pudo evitar volver la vista al cabo de unos metros. La mujer acababa de sentarse en una butaca y expulsaba el humo de una calada hacia el altísimo techo. Le pareció que debía estar tan sola como ella en ese lugar extraño. Quizá esperando sin demasiada convicción que algo pasara en su vida, aferrándose a una noche que expiraba estéril de sorpresas. Mañana ya sería otro día.

Siguió hacia delante atenta a las placas de cada puerta con la sensación incómoda de que se estaba acercando. No conseguía su-

perar ese momento previo al acontecimiento, esa molesta excitación de quien se va a sacar el vendaje de los ojos encontrándose frente a algo que ya no podrá declinar, sea lo que sea, la inquietud de un presagio de emboscada. Todavía experimentaba ese escalofrío que sufren las inexpertas en sus primeras salidas, el recelo a lo desconocido. Eso la hacía más deseable a sus clientes, que disfrutaban de la doble complacencia de su servicio impecable en la entrega y ese temor palpable en el preámbulo que podían percibir como las fieras detectan el pavor de la pieza a la que alcanzan. Algunos al repetir destino de paso la reclamaban a ella por esa combinación de cualidades tan preciada, y eso era precisamente lo que parecía estar buscando el nuevo cliente que ahora la esperaba.

Al llegar a su destino se detuvo antes de golpear la puerta anunciando su llegada. No había más que silencio al otro lado aunque era indudable que alguien se impacientaba dentro por tenerla. El pasillo estaba desierto en toda su extensión, como abandonado de golpe por el apremio de un toque de queda, un sinfín de puertas cerradas en simetría que se prolongaban iguales hacia las dos esquinas. Casi estremecía deambular sola en ese paisaje desolado y casi la liberaba entrar ya y ponerse a salvo de sus indescifrables peligros. Oyó el ruido de sus nudillos en la madera antes de darse cuenta de que ya lo había hecho. Al otro lado el silencio sólo se truncó por el leve rumor de unos pasos acercándose caminando sobre la moqueta y una mano hambrienta venciendo el último obstáculo del tirador de la puerta.

Cuando se descubrieron uno frente al otro separados sólo por el umbral desnudo de la puerta tardaron en reconocerse lo que dura el impacto de un enorme sobresalto. Sara vio a su padre tras la imagen del hombre que la miraba enfundado en batín blanco, con expresión de pánico fulminante y el cansancio en el rostro mal disimulado por una ducha reciente, y Hans en aquella joven sorprendida y casi asustada que venía a traerle un poco de placer prohibido al reducto de su habitación a la hija que había perdido hacía tiempo. Apenas

unos segundos de vacilación de cuál debía ser el gesto correcto bastaron para olvidarse cada uno de su papel asignado en esa historia clandestina y reemplazar con un abrazo sentido el episodio que ya no ocurriría. Entraron juntos a la habitación y ya no quisieron separarse como si hubieran confluído en el punto exacto de una búsqueda inconsciente que ambos hubieran iniciado hacía tiempo sin saberlo y por nada quisieran volver a extraviarse. Pasaron el resto de la noche hablando, insistiendo en el convencimiento mutuo de que lo único que querían era volver a casa juntos. Y por una cuestión de prioridades Sara ya no tomó el camino de vuelta que solía hacer al final de sus servicios y Hans se olvidó de todo lo que no fuera darle a Mirna la noticia y traerle a su hija lo antes posible.

El gerente de la empresa le estuvo llamando toda la mañana sin conseguir localizarle. Cuando a mediodía, inquieto por la presión de la incertidumbre, decidió ponerse en contacto directamente con el cliente le comunicaron que el trato no se había cerrado por la inexplicable ausencia de Hans a la cita programada, considerada al fin y al cabo, y a pesar de las buenas relaciones que mantenían las dos organizaciones, como un desacuerdo insalvable en la redacción de ciertas cláusulas que se traducían en renuncia. El trato lo habían firmado con los representantes de la competencia que sí supieron aprovechar la circunstancia en una negociación rápida y sin demasiadas complicaciones. Ahora ya era tarde.

Mirna recuperó a su hija Sara y las dos se perdonaron el daño que se habían causado antes y después de esa fuga que no debía haber sido. Nada de lo que quedaba atrás iba a importar a partir de ese momento. Pero apenas quince días después, cuando controlada la emoción del reencuentro y mimadas las heridas con dedicación diaria afloraron casi sin querer las circunstancias del hallazgo, a Hans no le quedó otro remedio que cruzar la entrada de su casa por última vez para llevarse las pocas pertenencias que le quedaban.